
La reestructuración neoliberal y la globalización

Enzo Del Bufalo*

Panorama de la economía mundial

Las sociedades humanas han estado en contacto las unas con las otras desde la noche de los tiempos; existen evidencias de intercambios prehistóricos entre pueblos muy alejados entre sí y en este sentido podemos hablar de un mundo común a todos los hombres. En épocas menos remotas, los imperios agrícolas desarrollaron relaciones comerciales entre ellos y con las poblaciones nómadas de sus periferias. Pero las economías nacionales y las relaciones económicas internacionales en el sentido moderno de estos conceptos son un resultado de la constitución y expansión del sistema de estados nacionales el cual es parte de ese conjunto de prácticas sociales desarrolladas en Europa occidental que condujeron a la constitución y consolidación del capitalismo moderno. Esta es la tesis que sostenemos en este trabajo, mostrando también que una economía propiamente mundial no se creó sino a partir de la expansión del sistema de estados nacionales que culmina con el proceso de descolonización en la década de los sesenta. La economía mundial en este sentido es esencialmente una economía internacional, en el sentido de un espacio de relaciones económicas entre estados na-

* Economista. Doctor en Ciencias Sociales de la Universidad Central de Venezuela. Magister en Filosofía de la Universidad Simón Bolívar. Magister Scientiarum en Planificación del Desarrollo, 1975. Universidad Central de Venezuela/CENDES. Bachelor of Arts en Economía y Matemáticas. University of Miami, Fla. Estados Unidos. 1967-1972

cionales cuya presencia es determinante tanto para constituir este espacio como para el de las economías nacionales. La existencia de un sistema planetario de economías nacionales integradas por relaciones de intercambio de bienes, servicios y capitales es pues el resultado del proceso histórico de la modernidad.

Este espacio económico no sólo se ha ido ensanchando hasta abarcar a todo el planeta, sino que se ha ido modificando a lo largo de su desarrollo y estas modificaciones guardan una estrecha relación con la constitución y consolidación de los estados nacionales. En sus inicios estaba constituido por los grandes flujos mercantiles intercontinentales que cruzaban el territorio feudal y estimulaban la consolidación de los príncipes territoriales en monarquías administrativas. La expansión mercantilista de estas monarquías creó las colonias en nuevos territorios. Posteriormente con la descolonización, la diferencia entre economía metropolitana y economía colonial dio paso a una nueva diferencia entre economía desarrollada y economía subdesarrollada. Todas estas fases revelan una desigualdad funcional en el desarrollo y expansión del sistema. Con pocas excepciones, las economías coloniales se han convertido en economías subdesarrolladas y solamente algunas zonas periféricas respecto del centro originario de la Revolución Industrial han logrado convertirse en economías industriales avanzadas. El resultado consolidado de este proceso es la existencia todavía hoy de un pequeño grupo de países desarrollados en un mundo de países subdesarrollados. A esta diferenciación, consecuencia natural de la expansión de la economía moderna, se le ha yuxtapuesto otra, causada por los conflictos sociales del período de entreguerras. El intento fallido de crear una alternativa a la economía capitalista motivó la creación de una economía centralmente planificada por el estado en la Unión Soviética que al finalizar la segunda guerra mundial fue adoptada por todos los regímenes estalinistas como expresión de la sociedad socialista. Este modelo se limitaba a convertir casi toda la propiedad privada de los medios de producción en propiedad estatal, dejando intacta la organización jerárquica capitalista y convirtiendo la mayoría de las transacciones mercantiles en transferencias interdepartamentales. Se suponía que éste era un cambio fundamental respecto de la sociedad capitalista y el primer paso para construir la sociedad comunista. Pero independientemente de las pretensiones ideológicas, el modelo se reveló una modalidad eficaz para extender rápidamente la acumulación originaria y la organización capitalista bajo la dirección del estado nacional en territorios atrasados. Especialmente en aquellos antiguos imperios despóticos, otrora rivales del Imperio cristiano de Occidente, que no pudieron ser conquistados militarmente, el despotismo estalinista se mostraba un sistema eficaz para introducir la institucionalidad y las prácticas sociales básicas indispensables para la acumulación capitalista, un método para modernizar su despotismo arcaico. Como estos viejos imperios eran atrasados y la modernización era exitosa, el modelo terminó promoviéndose como la opción adecuada para superar el atraso y el subdesarrollo¹.

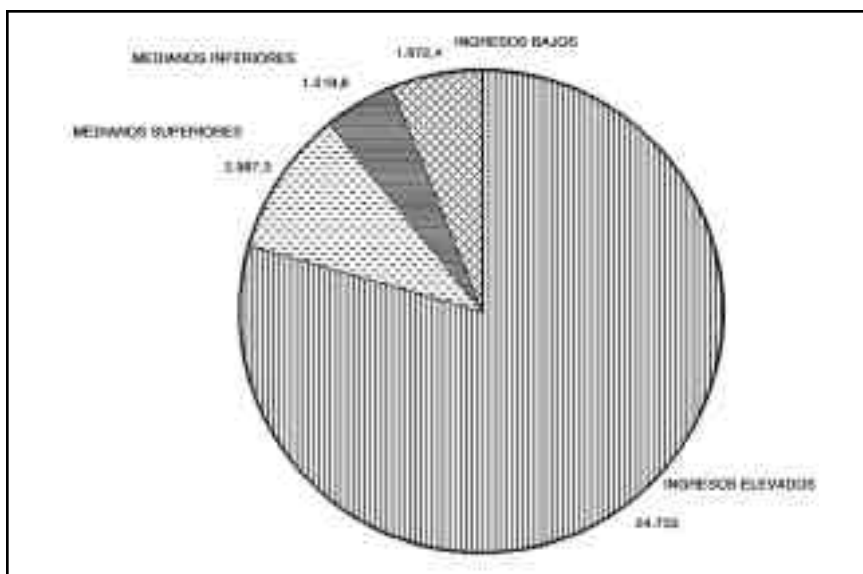
Pero en los años ochenta, a medida que el conflicto social y la Guerra Fría fueron declinando, una nueva clasificación, más de tipo tecnocrático y funcional, fue emergiendo para dar cuenta de los distintos tipos y grados de desarrollo económico de las economías nacionales. Al amparo de una igualdad formal de los estados nacionales soberanos, la economía mundial mostraba entonces un reducido grupo de países desarrollados, ubicados principalmente en Europa occidental y Norteamérica a los que hubo que agregar Japón, Australia y Nueva Zelanda, seguidos de los Nuevos Países Industrializados del Sureste Asiático, los cuales, no obstante su vigoroso desarrollo económico, muestran aún hoy fuertes rasgos de subdesarrollo. Luego estaban los países de desarrollo mediano con niveles de ingreso medio per cápita ubicado en su mayoría en Europa, América Latina, en el norte de África y el Medio Oriente, a los cuales había que agregar Sudáfrica, y algunos países petroleros de la península arábiga. El resto de las economías no centralmente planificadas eran los países más pobres de la tierra ubicados principalmente en el África subsahariana, pero también en Asia y América Latina. Finalmente estaban los países socialistas con economías centralmente planificadas, consideradas en bloque como un segundo mundo distinto, tanto al de los países ricos capitalistas, como al resto de los países. Un segundo mundo entre el primer mundo rico y un tercer mundo pobre, pero que en realidad bajo la pátina socialista escondía realidades nacionales muy diversas entre sí, que iban desde las de países de antigua y avanzada industrialización como la República de Alemania Democrática y Checoslovaquia hasta los países de escaso desarrollo y pasado colonial como Albania y Cuba pasando por las de antiguos imperios precapitalistas como la Unión Soviética y China, transformados ambos por el impacto de la expansión capitalista en estados nacionales socialistas. Pero a partir de finales de los ochenta, estos últimos empezaron un proceso de transición al mercado libre, abandonando la planificación centralizada y relajando el monopolio estatal de la organización de la producción que casi siempre se extendía sobre más del 90% de toda la economía. Desde entonces forman los países en transición con unas situaciones económicas muy desiguales.

Una mirada panorámica a esta economía mundial de los estados nacionales soberanos es suficiente para mostrar que su desarrollo ha sido muy desigual. Un resultado previsible cuando se toma en cuenta la gran heterogeneidad de prácticas sociales sobre la cual se ha ido extendiendo la economía moderna, pero que no deja de ser preocupante. Al finalizar el siglo, la economía mundial según la clasificación del Banco Mundial, consta de unos 28 países con un nivel de ingreso per capita elevado, superior a los 9.361 dólares anuales, le siguen 36 países con ingresos medianos superiores, es decir, entre los 3.031 y 9.360 dólares, luego 57 países con un ingreso mediano inferior que oscila entre los 760 y 3.030 dólares anuales y finalmente 63 con un bajo ingreso inferior a los 760 dólares por año².

El grupo de los países ricos comprende a todos los miembros de la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económico (OCDE) con la única excepción de México y la República de Corea que fueron aceptados a principios de

la década de los noventa como símbolo de movilidad social internacional, pero que siguen siendo países de ingresos medianos superiores. También forman parte de este grupo Israel y algunos emiratos petroleros (Qatar, Brunei, Kuwait, Emiratos Arabes Unidos) y unos pocos paraísos fiscales como las islas Cayman y las Bahamas. Este grupo tuvo en 1998 un producto nacional bruto de 24.733 miles de millones de dólares, que corresponde al 79,2% del producto mundial con una población de 886 millones de personas con ingreso per capita promedio de 27.911 dólares anuales, (ver gráfico 1). El núcleo fundamental lo constituyen Estados Unidos, Canadá, la Comunidad Europea y Japón, que producen el 67,8% del producto mundial.

Gráfico 1
Producto Nacional Bruto
Precios constantes en dólares de 1995



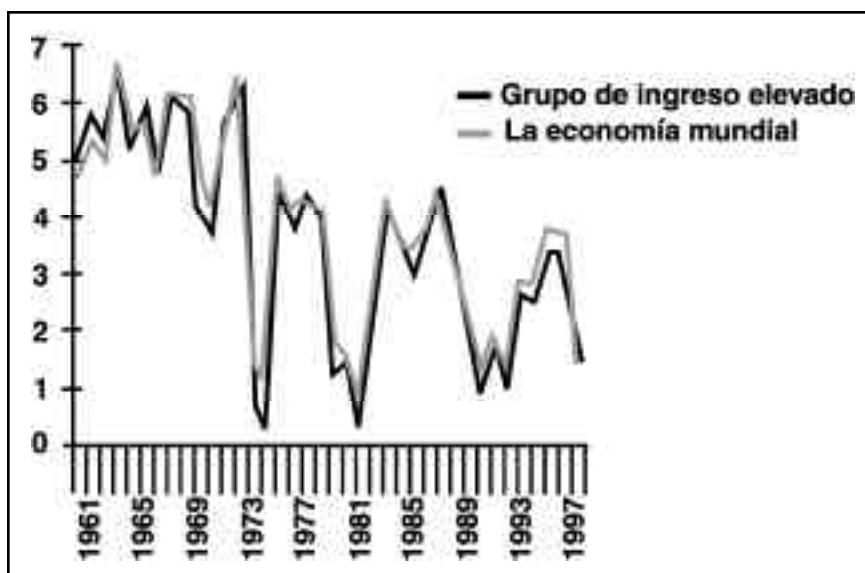
Fuente: Banco Mundial, WDI 2000.

Los países con ingresos medianos superiores generaron 2.987,3 miles de millones de dólares de producto bruto que es igual al 9,7% del producto mundial con una población de 588 millones y un ingreso per capita promedio de 5.080 dólares anuales. En este grupo se encuentran 7 países latinoamericanos (Argentina, Brasil, México, Venezuela, Chile, Uruguay, Panamá y Puerto Rico), algunos de los países del Sureste Asiático como Corea del Sur, Malasia, países de la Europa

extracomunitaria como Polonia, Hungría, República Checa y Croacia y algunos países exportadores de petróleo como Arabia Saudita, Omán y Libia. El desempeño de este grupo en las dos últimas décadas ha sido muy decepcionante si se excluyen varios de los países del Sureste asiático. Algunos de sus miembros, como Brasil y Argentina, figuran entre los países con serios problemas de endeudamiento externo, y otros como Venezuela y Arabia Saudita con una actuación económica pésima.

El grupo de los países de ingresos medianos inferiores aportó 1.519,8 miles de millones de dólares, es decir el 4,9% del producto mundial con una población de 886 millones y un ingreso promedio per capita de 1.708 dólares anuales. Comprende la mayoría de los países latinoamericanos, del Medio Oriente y Africa del Norte, algunos países del Sureste Asiático y ex soviéticos.

Gráfico 2
Producto Nacional Bruto
Tasa de crecimiento anual



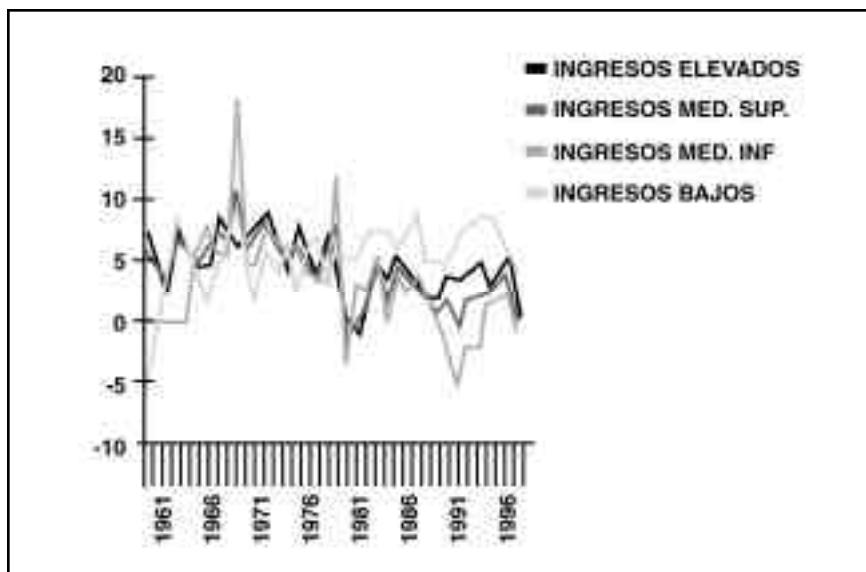
Fuente: Banco Mundial, WDI 2000.

El grupo de los países de bajos ingresos alcanzó un producto bruto de 1.872,4 millardos o el 6,1% del producto mundial y tiene una población total de 3.536 millones de personas y un ingreso promedio de 529 dólares anuales. Este grupo comprende las zonas más pobladas del mundo como los países de Asia del Sur (India,

Pakistán Afganistán, Bangladesh, Bhutan, Nepal y Sri Lanka) con una población total de 1.300 millones de personas y China, con igual número de habitantes, además de la zona con mayores dificultades de desarrollo como el Africa subsahariana; 47 países miembros de este grupo están en la lista de los países más pobres del mundo de las Naciones Unidas, y cuentan con una población de 619 millones de seres humanos con un nivel de ingreso promedio de 266 dólares anuales.

La economía mundial prácticamente se reduce a la economía del grupo de los países desarrollados, cuyo comportamiento es determinante para el resto del mundo, como puede verse en el Gráfico 2, que muestra claramente que la tasa de variación del producto mundial coincide casi completamente con la de los países desarrollados cuyo ciclo económico determina totalmente el comportamiento de la economía mundial. Este gráfico muestra también que el crecimiento de la economía mundial después de la recesión de 1974 ha sido considerablemente inferior al período precedente. La reestructuración neoliberal de las últimas dos décadas del siglo no ha logrado igualar el crecimiento del modelo de la posguerra.

Gráfico 3
Producto Nacional Bruto
Tasa de crecimiento por grupos de ingresos



Fuente: Banco Mundial, WDI 2000.

Es cierto que las economías más desarrolladas tienden a crecer a tasas más lentas debido al gran tamaño de sus economías y esto explica en parte el comportamiento insatisfactorio de la economía mundial de las últimas dos décadas. Pero lo que llama la atención es que, en los últimos veinte años del siglo, el comportamiento de los países de ingresos medianos ha sido aún peor que el de las economías desarrolladas, como puede verse en el Gráfico 3. En particular, los países de ingreso mediano inferior han tenido un crecimiento promedio negativo durante los años noventa, de -2% que redujo su ingreso promedio per cápita de 2.011 dólares anuales en 1988 a 1.708 en 1998. Su actuación ha sido la peor de todos los grupos. Posiblemente este es el grupo que, por una serie de razones, es más sensible al impacto de las economías desarrolladas, afectadas por la recesión de 1990-1992 primero y por un crecimiento lento después, con la única excepción de Estados Unidos. También incidió considerablemente en este grupo el colapso de las economías de los países socialistas después de que abandonaron la planificación centralizada para salir del estancamiento de los ochenta.

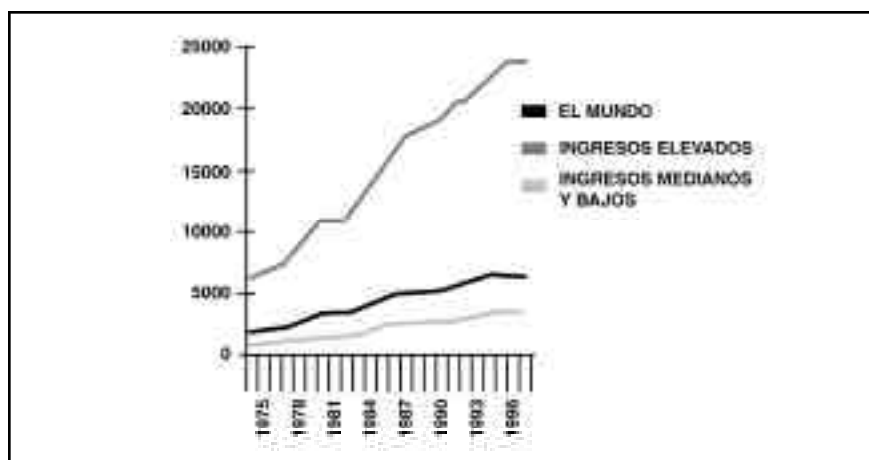
Pero los países de ingresos medianos superiores tampoco tuvieron un comportamiento satisfactorio, siendo ligeramente inferior al de los países desarrollados, es decir, algo menos que el 2,2% anual. La crisis de la deuda externa afectó a este grupo (en el cual se encontraban los mayores deudores) considerablemente entre 1981 y 1983, periodo en que su producto se redujo a un promedio anual de 2,4%, para luego volver a crecer, entre 1984 y 1989, a más de 2% anual. En 1990 la recesión mundial lo afecta reduciendo su producto en 1% y luego crece a más de 2% anual entre 1991 y 1997, cuando sufre el efecto de la crisis asiática que reduce otra vez su producto en 1% en 1998.

El único grupo que muestra un comportamiento satisfactorio e incluso mejor al que había tenido en las primeras décadas de la posguerra es el de los países más pobres, el cual a partir de finales de los años setenta crece en forma sostenida a una tasa anual promedio de 4,4% hasta finales de 1997, cuando su crecimiento es interrumpido por la crisis financiera del Sureste Asiático. Las tasas de crecimiento de los noventa son particularmente elevadas. Desde luego los resultados de este grupo están fuertemente influidos por los dos miembros gigantes que son China e India. En particular el crecimiento de China es un caso único puesto que ha crecido ininterrumpidamente desde 1987 a una tasa anual promedio de 9,3%. Sin embargo, su efecto es menos distorsionante de lo que podría pensarse a primera vista puesto que el crecimiento de India, que tiene un tamaño similar, es más cercano al promedio del grupo. No obstante, el éxito de estos países esconde el drama del Africa subsahariana que desde 1977 sólo ha crecido a un promedio anual del 1,8% lo cual significa un empeoramiento de su situación. Ésta es la única región del mundo que arroja un empobrecimiento neto en las últimas décadas, y esto es el fundamento de las frecuentes guerras, epidemias y hambrunas que la asolan y generan serias dudas acerca de la posibilidad de supervivencia de su población.

La tragedia africana es tan sólo el aspecto más dramático del crecimiento desigual de la economía mundial. La brecha entre los países ricos y el resto del mundo se ha incrementado considerablemente, sobre todo en las dos últimas décadas. Aquí son claramente visibles los efectos de la reestructuración neoliberal que sólo ha logrado sostener un crecimiento modesto de la economía a costa de una reconcentración brutal del ingreso no solamente en el ámbito nacional sino, sobre todo, en la economía mundial, como se evidencia en el Gráfico 4.

Esta brecha tiende a ampliarse y ha puesto en marcha nuevas corrientes migratorias de los países pobres, hacia los ricos. De manera que existe una internacionalización de los flujos del factor trabajo que es concomitante con la del capital, pero que se realiza en condiciones asimétricas. Si la globalización del capital implica la eliminación de las barreras nacionales a sus movimientos, la del trabajo genera una creciente conflictividad social en el seno de los distintos países, asumiendo caracteres de conflicto étnico que fomenta tendencias racistas y xenófobas constantes de un empobrecimiento en la autovaloración laboral. Si la transnacionalización del capital ha favorecido su proceso de acumulación y concentración con la consolidación de las grandes corporaciones estratégicas que dominan el mercado y establecen una nueva segmentación del espacio económico mundial, desplazando los estados nacionales para construir un nuevo orden corporativo global, la transnacionalización del trabajo, en lugar de crear una sociedad mundial heterogénea y múltiple en la cual cada individuo pueda

Gráfico 4
Producto Nacional Bruto per capita



Fuente: Banco Mundial, WDI 2000.

desarrollarse plenamente, reterritorializa al trabajador en un espacio nacional despótico que fragmenta la autovaloración laboral en ciclos nacionales muy desiguales en sus niveles de desarrollo. Mientras que la apertura económica, la desregulación y la homogeneización de las políticas macroeconómicas son objetivos explícitos de las grandes empresas corporativas y sus estados nacionales y organismos internacionales, las condiciones de trabajo y las migraciones siguen siendo problemas nacionales. Si el crecimiento de la economía mundial es un objetivo global del capital, la pobreza es un problema de los países. Así por ejemplo, mientras Estados Unidos promueve la libertad total de circulación de bienes y servicios y se opone a toda regulación que implique un obstáculo al libre flujo de capitales, erige una cerca alámbrica de varios miles de kilómetros para contener el flujo de migrantes hacia su territorio. Lo mismo empieza a ocurrir en la Comunidad Europea.

La internacionalización asimétrica de los factores productivos genera una percepción distorsionada de la nueva realidad global formada por un mundo rico con países pobres, un mundo con una riqueza global y una pobreza local. Un mundo en el cual el capitalismo corporativo *exitoso* genera riqueza global y los estados nacionales causan la pobreza local con sus políticas erradas. Esta ilusión tiene algo de cierto en la medida en que el actual capitalismo corporativo es heredero del proceso de expansión de las relaciones mercantiles que, al desarticular prácticas sociales arcaicas para reorganizarlas en la producción moderna, desencadena las fuerzas productivas, mientras que el estado nacional se sustenta por lo menos en parte en esas prácticas arcaicas. Pero cuando los éxitos del capitalismo se atribuyen a unos estados y sus fracasos a otros, de forma tal que la riqueza se convierte en la consecuencia de una política acertada por parte del estado para desarrollar el capitalismo y la pobreza, en cambio, en el resultado de políticas nacionales equivocadas, se dejan de lado las fallas inherentes al sistema económico para convertirlas en simples desaciertos de la política económica nacional.

La brecha de el Gráfico 4 sugiere, en cambio, que la pobreza ha sido globalizada y la riqueza nacionalizada por un sistema económico que es el fundamento del sistema de estados nacionales y no puede reducirse a un conjunto de actividades acotado y determinado en el interior de cada estado. El tema de la pobreza debe ser globalizado, es decir, puesto frente a la economía corporativa ya no como un residuo arcaico colateral, sino como su complemento funcional. En efecto, la parte más importante de la pobreza tiene su origen en la exclusión. La reorganización del territorio social que caracteriza la globalización coloca al lado de la segmentación corporativa a los espacios excluidos, auténticos depósitos de millones de seres humanos que no disponen de ningún factor productivo que los integre al mercado: ni bienes ni fuerza de trabajo disponible. Y como no pueden ser integrados al proceso de acumulación de capital, no tienen acceso a las condiciones para comenzar un proceso de autovaloración que eventualmente les permita constituirse en sujetos sociales separados. De ahí su pobreza endémica que

no debe confundirse con la pobreza causada por la escasez propia de una economía de baja productividad, sino que surge de la carencia de todo tipo de capacidad productiva porque han perdido los factores de producción de las sociedades tradicionales, sin haber adquirido los de la economía moderna.

El mundo pobre

La reestructuración neoliberal ha traído pues el afianzamiento de un nuevo orden internacional muy distinto al que buscaban los países en vías de desarrollo en los años setenta. Las desigualdades en el comercio internacional que entonces parecían insostenibles se han agravado haciendo que la diferencia entre el mundo rico y el pobre sea tan desproporcionada que este último no tenga ninguna posibilidad de autonomía. Los intentos entre los países pobres por crear instancias de coordinación de políticas como el Grupo de los 77, o el más reciente de los 15, no han ido más allá de reuniones estériles y llenas de retórica. La perspectiva misma de los gobiernos ha cambiado y ya no se buscan alianzas que puedan hacer contrapeso al poder de los países desarrollados, entre otras cosas porque la desaparición de la Unión Soviética les ha restado capacidad de maniobra política.

De manera que las tendencias tercermundistas han sido reemplazadas por una competencia entre los países pobres por atraer a los capitales internacionales y por acceder a los mercados de los países desarrollados. Salvo los grandes del mundo pobre (China, India, Indonesia, Rusia y Brasil) que por su población y tamaño del producto tienen un peso específico que les permite negociar con el mundo desarrollado, el resto de los países no están en condiciones de llevar a cabo una política autónoma, ni solos ni en grupo. Los intentos de asociaciones regionales tienen hoy mucho menos interés que la asociación en bloques liderados por algún grupo de países desarrollados. El único intento medio exitoso ha sido el Mercosur, debido fundamentalmente al papel desempeñado por Brasil que quiso contrarrestar la extensión del Tratado de Libre Comercio de América del Norte a Sudamérica. Pero aquí también los graves problemas que aquejan a estas economías hacen muy improbable su éxito. En el terreno tradicional de las relaciones económicas internacionales, la máxima esperanza que pueden tener es la de negociar con eficacia su integración al nuevo mundo de la Comunidad Internacional lo cual va a depender de la extensión y calidad de las relaciones económicas que los integran a la economía mundial. Es la intensidad de estas relaciones lo que determina su peso específico a la hora de arrancar concesiones de los gobiernos de los países desarrollados o de los organismos multilaterales. Aquellos que no tengan nada que ofrecer serán excluidos del nuevo orden y aquellos que practiquen políticas hostiles a la *Comunidad Internacional*, aunque sean políticas tradicionales de los estados, serán criminalizados y tratados con métodos policiales. Hoy día hay más de cuarenta países excluidos por no tener recursos económicos y más de tres por delincuentes.

Este nuevo orden internacional sustentado en el inmenso hiato de desarrollo entre mundo pobre y rico, es diametralmente opuesto al que imaginaba el tercermundismo de los años setenta, que era un pensamiento que culminaba el proceso de descolonización y de afianzamiento de los estados nacionales. Actualmente los actores sociales de estos países se encuentra ante la disyuntiva de una adhesión ciega e ingenua a la reestructuración neoliberal con la esperanza de que sea un mecanismo automático de integración al gran mundo de la Comunidad Internacional, o de un rechazo visceral a la globalización cuyos males intuyen, pero que no pueden comprender en toda su complejidad debido al atraso de las prácticas sociales que los mueven. El hiato entre la complejidad de la globalización y la formación subjetiva de todos estos actores es tan grande como el que separa su estado actual de la sociedad desarrollada. La economía de la miseria se vuelve miseria de la subjetividad. De ahí que una vez caída la propuesta ideológica socialista -que el propio mundo desarrollado le proporcionaba, como una extensión natural de su administración del movimiento obrero- estos actores recurren cada vez más a discursividades arcaicas y aberrantes como manera de expresar su diferencia.

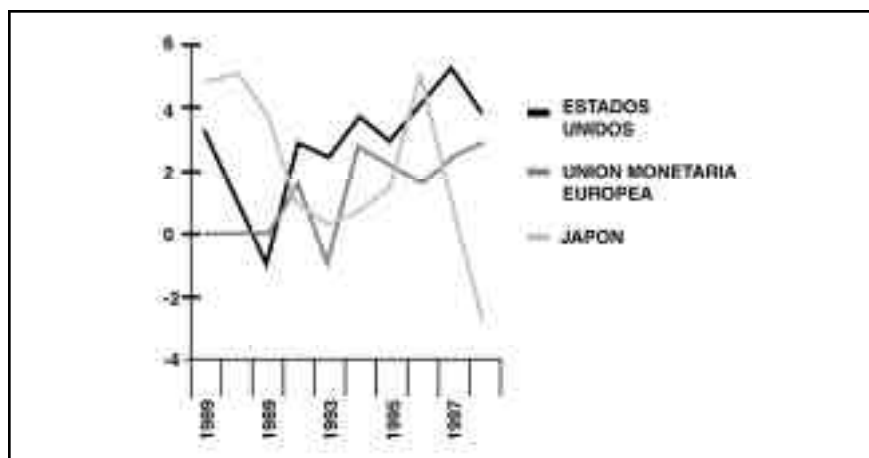
El mundo rico

En términos generales, el comportamiento económico de los países desarrollados ha sido mediocre y en algunos casos, como el de Japón, francamente malo; con una tasa promedio de crecimiento para la década inferior al uno por ciento, mientras que la de la Unión Europea ha sido inferior al 2%. Una excepción notable ha sido la economía de Estados Unidos, que ha mostrado un crecimiento sostenido después de recuperarse de la recesión de 1990-1991, que se mantuvo hasta el año 2000 (Gráfico 5). Sin duda la característica más notable de la década ha sido la reducción de la inflación en todos los países después de 1992 (Gráfico 6). En el caso de los países europeos esta reducción se debió en gran parte a los esfuerzos de los gobiernos por cumplir con los Acuerdos de Maastricht que exigían una inflación mínima y alineada para entrar a la unión monetaria a partir de 1999. En el caso de Inglaterra y Japón se nota un leve repunte poco significativo a partir de 1996, mientras que Estados Unidos se coloca en niveles mínimos y con tendencia a seguir decreciendo.

El precio de esta reducción de la inflación ha sido el incremento del desempleo por lo menos en aquellos países donde ha sido el resultado de una política restrictiva como en los países que se prepararon para entrar a la Unión Europea, que como puede observarse en el Gráfico 7, muestran una tendencia a la elevación de las tasas. El caso más notable es el de Alemania, donde a la política restrictiva del Bundesbank para ajustar la inflación previa al inicio de la circulación del euro, se agregó el efecto de la reunificación que trajo un enorme incremento del desempleo en los Landes de la antigua República Democrática. Inglaterra, en

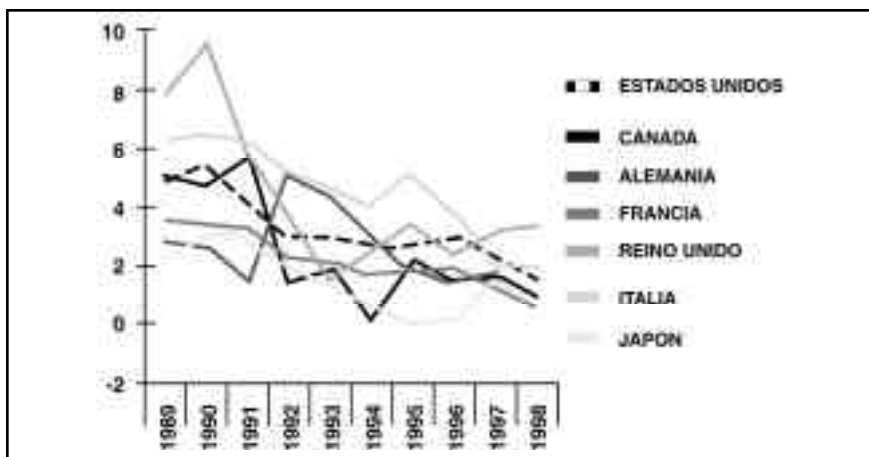
cambio, que no entró a la unión monetaria, es el único país de Europa que muestra una considerable reducción del desempleo. En Japón, donde el desempleo ha sido tradicionalmente mínimo, la tasa promedio se ha elevado como resultado del estancamiento de su economía, afectada además por la crisis asiática de 1997. Nuevamente la única excepción es la de Estados Unidos, que reduce el desempleo a niveles que se aproximan a los anteriores a la crisis de los setenta.

Gráfico 5
PIB (% de crecimiento anual)



Fuente: Banco Mundial, WDI 2000.

Gráfica 6
Inflación (% de crecimiento anual)



Fuente: Banco Mundial, WDI 2000.